

¿Qué responder á eso? Estaba yo inmóvil, el corazón repleto de indignación y de vergüenza, en tanto que mi padre, tranquilo y severo, lanzaba sobre mí miradas de lástima despreciativa, y el pobre Owen, levantados al cielo ojos y manos, parecía tan aterrorizado como si acabara de leer el nombre de su principal en la lista de los quebrados.

Al fin, me atreví á romper el silencio esforzándome en dar firmeza á mi voz para disimular la emoción.

— Demasiado sé, señor, cuán incapaz soy de desempeñar en el mundo el papel importante que me destináis, y, por dicha mía, no me tienta la fortuna que podría procurarme. El señor Owen os prestaría más eficaz auxilio.

Esta última frase no estaba exenta de malicia. Encontrábase algo resentido con el buen hombre por haber abandonado tan presto mi causa.

— ¡Owen! — repitió mi padre. — Este muchacho desbarra: decididamente pierde el juicio. Caballerito que, tan si cumplidos, me encargáis al señor Owen, (después de todo, veo bien que debo esperar más de un extraño que de mi hijo), ¿qué sabios proyectos son los que abrigáis, si me es lícito averiguarlos?

— Señor, — contesté reuniendo todas mis fuerzas, — desearía viajar dos ó tres años, si os pareciese bien. En caso contrario, considerárame dichoso con pasar igual período de tiempo en la universidad de Oxford ó en la de Cambridge, á pesar de la edad que cuento ya.

— ¡Por vida del sentido común! ¿Se ha oído nada semejante?... ¡Asistir á la escuela, entre pedantes y jacobinos, cuando podéis hacer fortuna en el mundo! ¿A qué, muchachón de marca mayor, á qué el pícaro gusto de sentarse en los bancos del colegio, en Westminster ó en Etón, para aprender rudimentos y sintaxis de Lilly y recibir azotes?

— Ya que sea demasiado tarde, según vos, para perfeccionar mis estudios, permitidme regresar al continente.

— Demasido tiempo habéis estado en él, Francis, y para maldito el adelanto.

— En ese caso, señor, excogeré la carrera de las armas, con preferencia á otra activa.

— Excoged el diablo! — gritó bruscamente mi padre. — En verdad, — añadió, calmándose, — que me hacéis disparatar tanto como vos. ¿No hay para volverse loco, Owen?



El pobre Owen meneó la cabeza y bajó los ojos.

— Escuchad, Frank: — prosiguió mi padre; — voy á presentar la cuestión en dos palabras. Contaba yo vuestra edad cuando padre me arrojó de la casa y donó á mi hermano me-

— Hay muchas personas dignas entre los católicos.

En el momento en que Owen se disponía á replicar, con inusitado calor, entró de nuevo mi padre en el salón.

— Tenéis razón, Owen, — dijo, — y yo estaba en un error. Nos tomaremos más tiempo para meditar acerca del asunto. Joven, os concedo un mes de término.

Inclinéme en silencio, bastante satisfecho de una próroga que me infundía la esperanza de que cedería un poco el rigor paterno.

Aquel mes de prueba trascurrió lentamente, sin que acaeciera nada de notable.

Iba y venía yo; pasaba el tiempo á mi antojo, y mi padre no me dirigía ni una observación, ni una queja. Bien es verdad que, salvo las horas de comida, raras veces le veía, y que él se daba buen cuidado de evitar una discusión que, como se comprenderá, no me sentía impaciente por abordar. Nuestras conversaciones versaban sobre las noticias del día ó sobre asuntos generales, (recurso socorrido para quienes se han tratado poco) y nadie, oyéndonos, hubiera adivinado que debíamos abordar de común acuerdo, un debate de alta importancia.

No obstante, la idea á que acabo de aludir me desazonaba como una pesadilla. ¿Sostendría mi padre su palabra y desheredaría á su hijo único para favorecer á un sobrino de cuya existencia misma no tenía pruebas? Considerando bien las cosas, la conducta de mi progenitor, en semejante lance, no auguraba nada bueno. Por desgracia, me había formado un falso concepto del carácter de mi padre, ateniéndome al lugar considerable que ocupaba yo en el hogar doméstico antes de trasladarme á Francia. Hombres hay, en efecto, que se prestan con complacencia á los caprichos de sus niños, porque esto les entretiene y divierte, los cuales hombres no dejan de ser ménos severos cuando sus propios chicos llegados á la edad de la razón, se atreven á contrariar su voluntad. Pero, lejos de sospecharlo así, quería yo convencerme de que lo único que debía temer era la pérdida temporal de la gracia paterna, era el verme despedido, verbigracia, de la casa por durante algunas

semanas. Y ese castigo llegaría tanto más á tiempo, en cuanto me proporcionaría ocasión de volver á mi *Rolando furioso*: poema que ambicionaba yo traducir en verso inglés.

Dejé que esa hipótesis se apoderara tan por completo de mi alma, que había ya ordenado mis borradores y estaba en vías de meditar acerca de la corrección de ciertas octavas á lo Spencer, cuando oí golpear tímidamente en la puerta de mi aposento.

— ¡ Adelante! — dije.

Apareció el señor Owen.

Había tanta regularidad en los movimientos y costumbres del digno hombre que, según todas las apariencias, era la primera vez que subía hasta el segundo piso de la casa, aun cuando él vivía en el primero, y me preocupa todavía el pensar cómo se las compuso para dar con mi habitación.

— Señor Francis, — dijo conteniéndome en mitad de mis exclamaciones de sorpresa y de alborozo; — no sé si me asiste la razón al venir á comunicaros lo que acabo de averiguar, ya que no está bien el hablar fuera de la oficina de lo que acontece dentro. No se debe, según el dicho, referir á las columnas del almacén cuantas líneas hay en el libro mayor. Sea como quiera, el joven Ficelle, que había estado ausente durante más de quince días, anteayer regresó.

— No veo en ello nada de particular.

— Esperad, señor Francis. Vuestro padre le confió una misión confidencial. ¿ Á dónde fué? No habrá sido á Folmouth para el negocio de las sardinas, puesto que las cuentas con Blackwell y compañía, de Exeter, están últimadas, y los empresarios de las minas de Cornouailles han satisfecho lo que han podido. Para toda otra negociación hubiera sido indispensable consultar mis libros. En una palabra, tengo la firme convicción de que Ficelle ha ido al Norte.

— ¿ Lo creéis de veras? — dije un tanto alarmado.

— Después de su regreso, no hace sinó hablar de sus botas nuevas, de sus espuelas de Ripón y de una riña de gallos en York. ¡ Tan cierto como la tabla de Pitágoras! ¡ Permita el cie-

lo, muchacho mio, que consintáis en complacer á vuestro padre, es decir en ser hombre y comerciante á un tiempo mismo!

En aquel momento experimenté una viva tentación á someterme y colmar á Owen de alegría, rogándole manifestase á mi padre que me rendía á discreción. El orgullo manantial de tan-



tos bienes y de tantos males, el orgullo me lo impidió. El sentimiento se atascó en mi garganta y, mientras tosía yo para sacudirlo, Owen oyó á mi padre que le llamaba. Apresuróse á bajar, y la ocasión voló.

Mi padre era metódico en todo. El mismo día, á la misma hora, en el mismo salón, con el mismo tono y de la misma manera que un mes atrás, reprodujo la proposición que me hiciera de asociarme á su casa y de encargarme de un servicio determinado, invitándome á darle una contestación definitiva. He pensado, con el tiempo, que medió excesiva tirantéz por su parte, y pienso todavía que faltó prudencia á su modo de proceder. Formas más conciliadoras le hubieran, de seguro, hecho alcanzar sus fines. Así, pues, permaneci inquebrantable

y rehusé, con toda la deferencia posible, los ofrecimientos que él me hizo.

Tal vez (pues ¿quién acierta á juzgar su propio corazón?) tal vez conceptuaba yo indigno de un hombre el capitular á la primera intimación, y esperaba verme más instigado, para justificar, ante mis ojos, un cambio de frente. Si era así, me desilusioné. Mi padre volvióse friamente hacia Owen y pronunció sólo las siguientes palabras:

— Lo había previsto. — Después, dirigiéndose á mí, añadió: — Está bien, Frank: á vuestra edad os halláis ya en estado de juzgar, ó no lo estaréis nunca, acerca de lo que puede haceros dichoso. Inútil es, pues, insistir de nuevo. Pero, aunque no esté obligado yo á penetrar en vuestras ideas más de lo que vos lo estáis á ceder ante las mías, ¿podré saber si habéis formado algun proyecto para el cual necesitéis de mi auxilio?

Respondí, no sin alguna confusión, que «no habiendo cursado carrera alguna y no poseyendo nada, me era á todas luces imposible el bastarme á mi propio, si mi padre no me socorria; que mis aspiraciones eran muy limitadas, y que, á pesar de mi aversión á la carrera comercial, confiaba en que él no me retiraría su protección y su cariño.»

— En otros términos: — dijo — ¿lo que vos queréis es apoyaros en mi brazo para ir á donde se os ocurra? Lo uno no se aviene con lo otro, Frank. En consecuencia, pienso que seguiréis mis instrucciones... con tal de que no contrarién vuestro capricho.

Quise hablar.

— ¡ Os ruego que guardéis silencio! — añadió. — Suponiendo que la cosa os tiene cuenta, saldréis inmediatamente para el norte de Inglaterra, pasaréis á casa de vuestro tío y trabaréis conocimiento con su familia. Entre sus hijos (creo que son seis) he excogido uno que, según se me asegura, es en todos conceptos digno de ocupar la plaza que os destinaba yo en la casa. Al efecto, hay que terminar algunos arreglos, y vuestra presencia allá sea tal vez necesaria. Recibiréis nuevas instrucciones en el castillo de Osbaldistone, donde me haréis el

obsequio de permanecer hasta nueva orden. Mañana, por la mañana, todo estará dispuesto para vuestra partida.

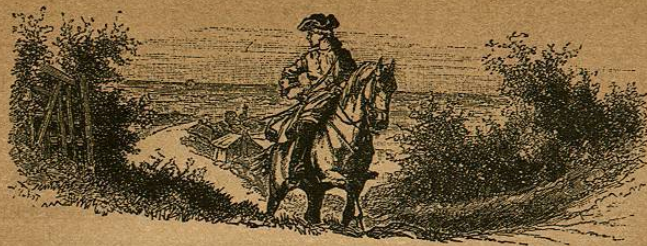
Dijo, y salió del salón.

—¿Qué significa todo eso, señor Owen?— pregunté á mi excelente amigo, cuyo aspecto expresaba el abatimiento más profundo.

—Que os habéis perdido, señor Frank: hélo aquí todo. Cuando vuestro padre habla en ese tono sosegado y resuelto, cambia menos que un saldo de cuentas.

Los acontecimientos le dieron la razón.

A la madrugada siguiente, en efecto, y desde las cinco, caminaba yo, caballero en bastante buen caballo, por la vía de York, con cincuenta guineas en el bolsón, viajando, según todas las probabilidades, en busca de un sucesor para mi padre que me reemplazaría á su lado y en su afecto y que tal vez me arrebataría su fortuna.



CAPÍTULO III.

Desplegada la vela, flota del uno al otro lado; el batel, no enderezado, hace agua; medio sumergido, con incierto rumbo, va al azar; el remo se quiebra por completo y el timón está perdido.

I. GAY. — *Fábulas.*

Las divisiones de esta importante historia van separadas por medio de epígrafes á fin de cautivar la valiosa atención del lector con los atractivos de un estilo más encantador que el mio.

Así, la fábula que acabo de citar alude á un imprudente navegante que desata con denuedo una barca de sus amarras y, sin ser capaz de dirigirla, la abandona á la corriente de un gran río. Jamás estudiante alguno que, por atolondramiento ó por bravata, se lanzó á tan peligrosa aventura, sintió, sobre las rápidas olas, el horror de su situación como cuando me hallé flotando sin brújula en el océano de la vida.

La facilidad singular con que mi padre había roto el lazo que se considera el más sagrado entre cuantos unen á los miembros de una sociedad y me dejaba partir á guisa de proscrito del hogar doméstico, desvaneció la confianza en mis méritos perso-

nor la parte de herencia que me correspondía. Sali del castillo de Osbaldistone, caballero en un mal rocín y con diez guineas en el bolsillo. Desde entonces no he vuelto á pisar los umbrales de la puerta, ni los pisaré jamás. Mi hermano vive aún, si no se ha roto el esternón en una de sus cacerías de zorras: lo ignoro y me tiene sin cuidado. Pero tiene hijos y adoptaré uno de ellos, Frank, si me hacéis perder los estribos.

— Como gustéis; — contesté con más indiferencia que respeto: — vuestros bienes, vuestros son.

— Si, Frank, míos son, si el trabajo de haberlos adquirido y el cuidado en conservarlos constituyen un derecho de propiedad: ningún abejorro se alimentará con mis briznas de miel. Meditadlo bien: lo que he dicho no son palabras vanas; lo que he resuelto lo ejecutaré.

— ¡ Pero amo mío !... Caro y dignísimo señor... — exclamó Owen derramando lágrimas. — Vuestra costumbre no es la de tratar con tanta prisa los negocios de importancia! Antes de cerrar la cuenta, dad tiempo al señor Francis para efectuar el balance... El os quiere, seguro estoy de ello, y en cuanto ponga mientes en su obediencia filial, no formulará objeción alguna.

— ¿ Pensáis — dijo mi padre severamente, — que he de proponerle por dos veces ser mi amigo, mi ayuda, mi confidente, asociándole á mis trabajos y á mi fortuna? Owen, creía que me conocíais mejor.

Y lanzó sobre mí una mirada como si quisiera decir más; pero volvióse de espaldas y salió bruscamente.

Quedé muy conmovido, lo confieso: no me había preocupado antes aquel aspecto de la cuestión, y, á empezar por él mi padre, es probable que no hubiera tenido razón poderosa para quejarse de mí.

Era ya demasiado tarde. Sentí en mí mucho de su tenacidad de carácter, y estaba escrito que debía de hallar, en mi propia falta, el castigo, demasiado débil aún, de mi desobediencia.

Una vez á solas con Owen, éste puso en mí sus ojos humedecidos por las lágrimas, como ganoso de descubrir, antes de

ensayar el papel de medianero, cuál era el punto vulnerable de mi resistencia. Por fin, comenzó con frases entrecortadas y sin ilación alguna.

— ¡ Señor !... Señor Francis... ¡ Válgame el cielo, señor !... ¡ Qué fatalidad, señor Osbaldistone !... ¿ Quién podía presumir ?... ¡ Vos ! ¡ Tan buen chico !... ¡ Por amor de Dios, examinad los dos platillos de la balanza !... Pensad en lo que váis á perder... ¡ Una fortuna tan pingüe, señor !... ¡ Una de las mejores casas de la Cité, conocida antiguamente bajo la razón social de Tresham y Trent, hoy bajo la de Osbaldistone y Tresham !... ¡ Nadaríais en oro, señor Francis ! Y después, si había algo que os fastidiasé en el trabajo de las oficinas, — añadió bajando la voz, — aquí estoy yo para arreglárselo cada mes, cada semana, cada día, si gustáis... Vamos, querido señor Francis: no olvidéis el respeto debido á vuestro padre, si queréis alcanzar en este mundo larga vida.

— Gracias, señor Owen; os quedo sumamente reconocido, pero mi padre es el mejor juez respecto al empleo de su fortuna. Ha hablado de uno de mis primos: que disponga de sus bienes según le acomode. Yo no venderé mi libertad á peso de oro.

— ¿ De oro, señor ? ¡ Ah ! ¡ Si hubieseis visto el balance correspondiente al último trimestre ! Cinco cifras, señor Frank, cinco cifras en la partida de cada sócio... ¡ Y todo eso pasaría á un papista, á un majadero del Norte y, lo que es peor, á un enemigo del rey ! Esto me parte el corazón, señor Francis, á mí que he trabajado como un negro para hacer prosperar la casa. Fijaos en lo bien que sonará un « Osbaldistone, Tresham y Osbaldistone » O tal vez... ¿ quién sabe ?... — Y aquí bajó de nuevo la voz — Un « Osbaldistone y Tresham », puesto que el principal es capaz de freirsela á todos.

— Pero, señor Owen, mi primo se apellida también Osbaldistone, y la razón social no sonará peor á vuestros oídos.

— ¡ Vaya ! ¿ No sabéis, señor Francis, lo mucho que os quiero !... ¡ Vuestro primo ! Un papista como su padre, sin duda, y un adversario de la dinastía reinante (B): A bien que lo mismo dá; ¿ no es cierto ?